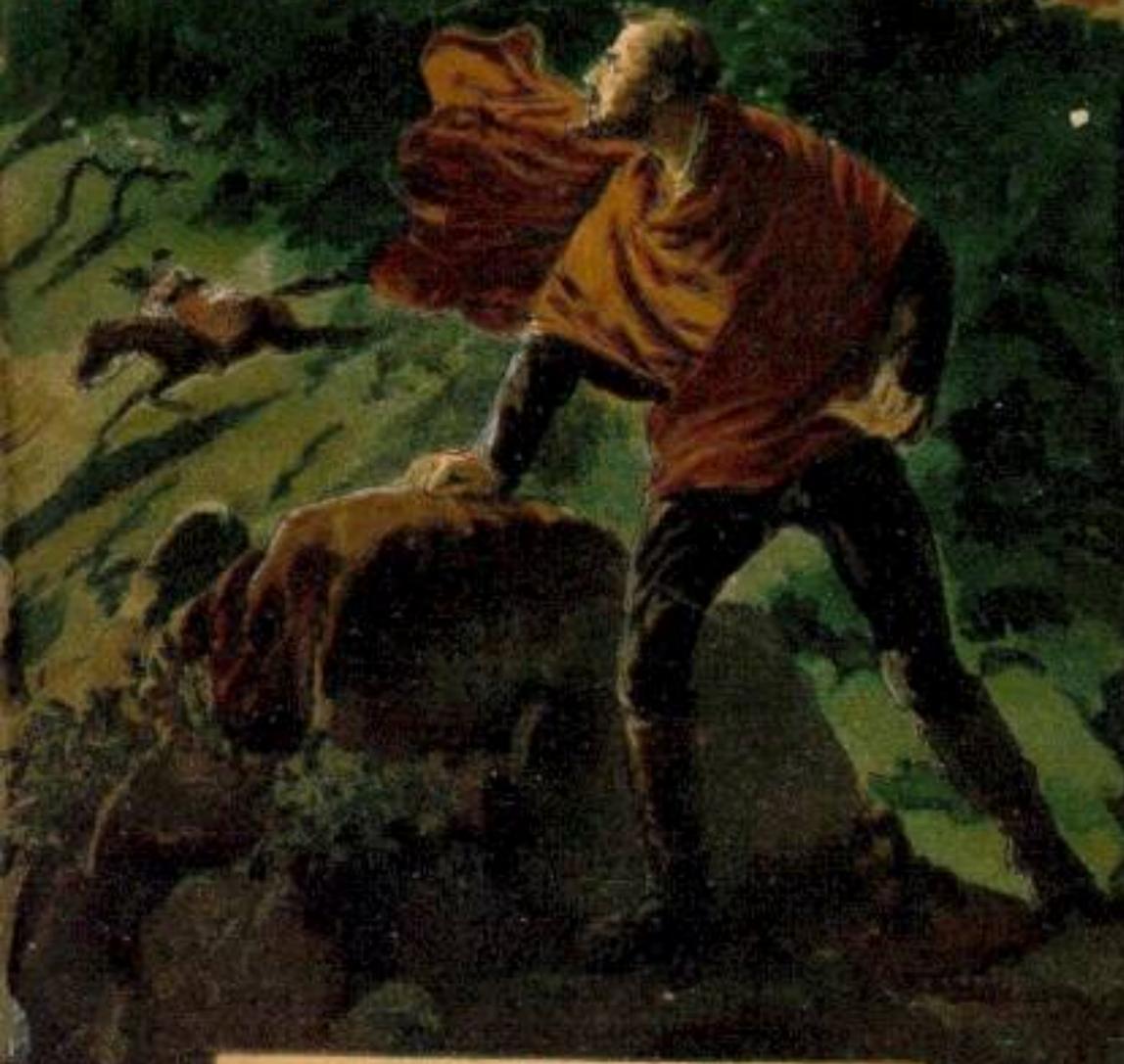


# EL FANTASMA DE LA NOCHE

Ó EL VENGADOR

DE SU HIJA



POR ALFREDO ROMAN DE LUINA

Este es uno más de los libros rescatados en exclusiva para [epublibre.org](http://epublibre.org) desde los polvosos fondos de la Biblioteca Nacional de España.

## Índice de contenido

Cubierta

El fantasma de la noche

Tomo I

- I. Un ladrón de frac y guante blanco
- II. La familia del señor Durán
- III. El capitán del brick «Consuelo»
- IV. Un cajero honrado
- V. Indagaciones
- VI. El juez y la familia Durán
- VII. Las dos llaves
- VIII. El careo
- IX. Ante el cadáver
- X. En que Clara averigua quién fue el asesino de su padre
- XI. Donde se ve la facilidad con que una persona se vuelve loca
- XII. El secreto de Isabel
- XIII. Por qué doña Brígida Soler estaba ciega
- XIV. El mazo de billetes
- XV. El Galgo
- XVI. La hermana del ladrón, la hermana del asesino
- XVII. Historia de Lulú
- XVIII. Padre e hija
- XIX. En el Liceo
- XX. El protector de Isabel
- XXI. La elocuencia de los números
- XXII. Dos bandidos
- XXIII. Donde se prueba que Villamediana sirve para todo

- XXIV. El defensor de Andrés
- XXV. Crueldad fingida
- XXVI. En la Audiencia
- XXVII. La declaración de una madre
- XXVIII. El fallo
- XXIX. Las confesiones de César
- XXX. Un cesante
- XXXI. Carolina
- XXXII. El fantasma
- XXXIII. La desaparición de Consuelo
- XXXIV. La familia Roldós
- XXXV. La colegiala
- XXXVI. Un viaje feliz
- XXXVII. Las debilidades de César
- XXXVIII. El espionaje de Emilia
- XXXIX. El escándalo
- XL. En que César continúa siendo traidor a su mujer
- XLI. Los remordimientos de César
- XLII. El mensajero de Andrés
- XLIII. La cruz negra
- XLIV. Donde nuevas desgracias justifican las inquietudes de César
- XLV. En el presidio de Ceuta
- XLVI. El tío Colasillo
- XLVII. Proyecto de fuga
- XLVIII. Una cuadrilla de bandidos
- XLIX. El asalto
- L. La guarida
- LI. Donde los bandidos atentan contra la honra de doña Ana
- LII. La Sala de los Muertos
- LIII. Donde el capitán y doña Ana entran en el terreno de las confidencias
- LIV. La falsedad de una mujer
- LV. El homicidio
- LVI. Preparativos de defensa

- LVII. Un muerto resucitado
- LVIII. Un combate en las tinieblas
- LIX. En que doña Ana muestra su agradecimiento al capitán salvándole la vida
- LX. Donde el capitán renuncia para siempre al amor de doña Ana
- LXI. En el presidio
- LXII. El agradecimiento de Desperdicios
- LXIII. La fuga
- LXIV. El naufragio
- LXV. El Cabezón del Águila
- LXVI. Un hombre misterioso
- LXVII. La señora Hortensia
- LXVIII. En las canteras de Montjuich
- LXIX. La miseria de Carolina
- LXX. Donde Carolina pregunta por su hijo
- LXXI. ¡Yo quiero mi hijo!
- LXXII. La muerte de un presidiario
- LXXIII. El brick salvador
- LXXIV. Hudson-River
- LXXV. Sobre la pista
- LXXVII. El doctor Albinus
- LXXVII. La serpiente de cascabel
- LXXVIII. Los indios en la paz y en la guerra
- LXXIX. Un hallazgo fúnebre
- LXXX. Un drama en el puerto de Barcelona
- LXXXI. De qué modo Elisa era tratada y explotada por Mauricio
- LXXXII. Padre e hija
- LXXXIII. La confesión de Carolina
- LXXXIV. La muerte de una mártir  
Donde Andrés prepara su venganza
- LXXXVI. La obra del odio
- LXXXVII. De qué modo arregló Centellas sus cuentas con la señora Hortensia

LXXXVIII. En que Andrés averigua quién es el conde de Guñes

Tomó II

- I. El precio de un rapto
- II. La declaración de amor
- III. Donde el conde de Guines se convence de que es amado por Emilia
- IV. El rapto
- V. Después
- VI. El duelo
- VII. Las acusaciones de Fernando
- VIII. La confesión de César
- IX. El enemigo de César
- X. Donde se ve lo que hace Roberto de la pequeña Consuelo
- XI. Un aduar de gitanos
- XII. La tormenta
- XIII. La Torre del Vigía
- XIV. El rigor de un padre
- XV. Un lance que empieza en desafío y concluye en matrimonio
- XVI. La infidelidad de un marido
- XVII. La carta
- XVIII. El viaje
- XIX. El mesón de la Junquera
- XX. La caída en el abismo
- XXI. El baile de máscaras
- XXII. La mujer misteriosa
- XXIII. La impaciencia de Rafael
- XXIV. Donde Rafael sabe por fin quién es la hermosa desconocida
- XXV. El marido y el amante
- XXVI. Un triste desenlace
- XXVII. En que el autor introduce en escena un nuevo personaje

- XXVIII. La limosna
- XXIX. Sueños de amor
- XXX. Las esperanzas de Federico
- XXXI. Donde se ve que Isabel no es indiferente al amor de Plandolit
- XXXII. La primera cita
- XXXIII. Un cancerbero
- XXXIV. El rapto
- XXXV. Padre e hijo
- XXXVI. Las explicaciones de Roberto
- XXXVII. Donde Roberto no encuentra lo que busca
- XXXVIII. El crimen de Centellas
- XXXIX. La salvación
- XL. La bonanza después de la borrasca
- XLI. Un matrimonio sin recursos
- XLII. El Banco del Comercio y de la Industria
- XLIII. Padre e hija
- XLIV. La codicia de Plandolit
- XLV. La venta de una niña
- XLVI. Un buen consejo
- XLVII. Donde el lector vuelve a encontrar los gitanos
- XLVIII. El anuncio
- XLIX. La llegada
- L. Las dudas de Isabel
- LI. Las dos madres
- LII. Donde Isabel cree que no ha muerto su hija
- LIII. En que César ve realizada su esperanza
- LIV. Donde Andrés no puede cumplir su promesa
- LV. El jarabe de cidra
- LVI. De cómo un narcótico produce a veces los efectos de un veneno
- LVII. La taberna
- LVIII. La obra de Centellas
- LIX. Los argumentos de un revólver
- LX. En que Andrés conoce todo lo sucedido por Roberto

- LXI. La tenacidad de Centellas
- LXII. Donde se sabe el por qué Roberto se aficiona tanto a las bebidas
- LXIII. El figón del Gavilán
- LXIV. El campo del Fraile
- LXV. La casita del guarda
- LXVI. Donde se manifiesta que la voz del pueblo no es siempre la voz del cielo
- LXVII. La indagatoria
- LXVIII. Dos corazones grandes
- LXIX. Donde Roberto se convence de que aún tiene un amigo
- LXX. La vista de la causa
- LXXI. La despedida
- LXXII. La locura de Ángela
- LXXIII. Doña Salvadora de Oza
- LXXIV. La curiosidad de Juanita
- LXXV. En el presidio
- LXXVI. La feria de Sevilla
- LXXVII. Donde Ángela da pruebas de que no está completamente loca
- LXXVIII. La pasión de Mauricio
- LXXIX. Las confesiones de Ángela
- LXXX. Recuerdos tristes
- LXXXI. El mesón del Gallo Negro
- LXXXII. Ante el juzgado
- LXXXIII. Las angustias de Fabre
- LXXXIV. El error de Centellas
- LXXXV. Una excursión subterránea
- LXXXVI. La salida
- LXXXVII. La tenacidad de un malvado
- LXXXVIII. Un condenado a muerte
- LXXXIX. Dudas crueles
- XC. El tormento de una madre
- XCI. Donde Federico Plandolit emplea sus últimos argumentos para tranquilizar a su esposa

XCII. Los argumentos de Federico

XCIII. La fosa

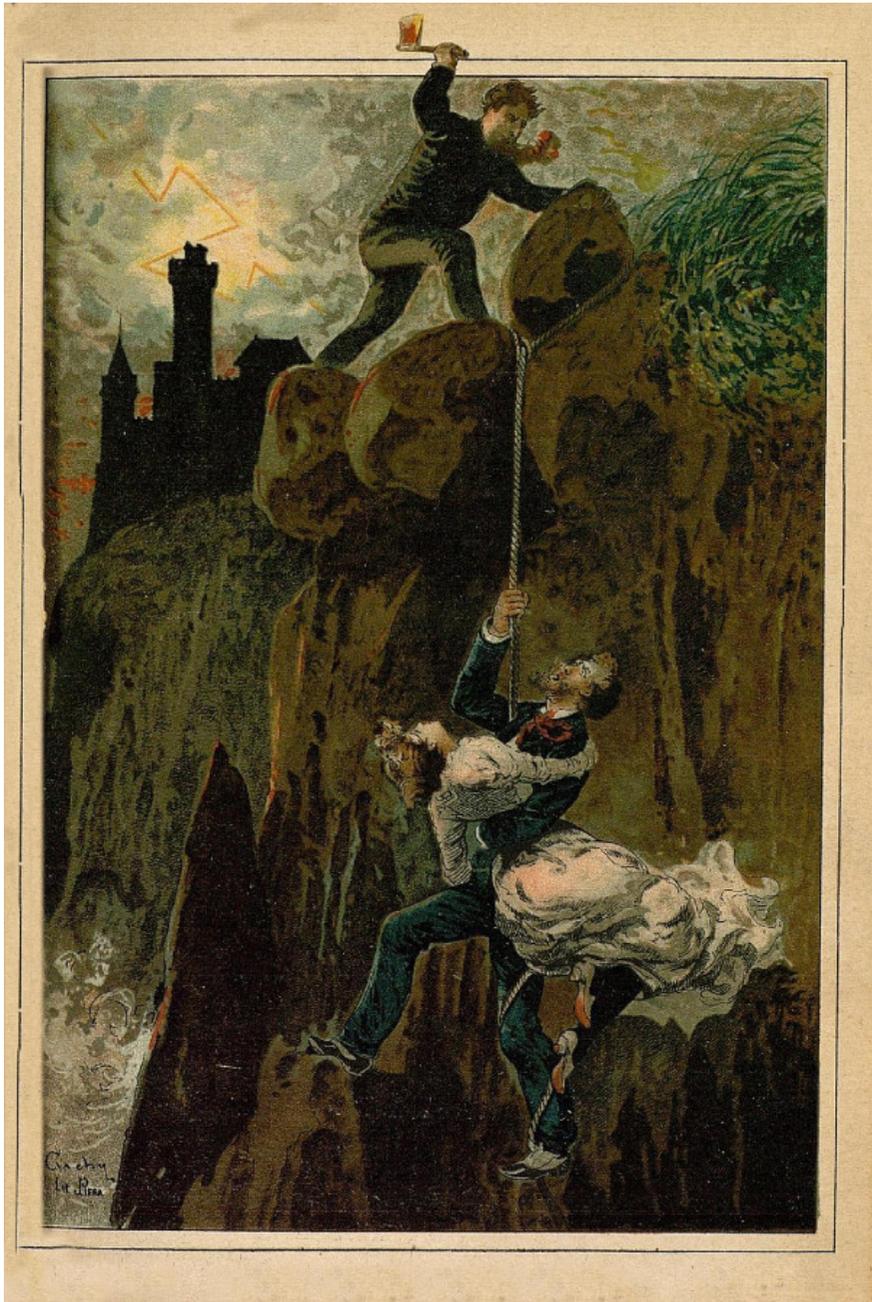
XCIV. Un crimen sobre otro crimen

CXV. La policía

XCVI. El último sacrificio

Epílogo

Notas



# TOMO I

## CAPÍTULO PRIMERO

---

### Un ladrón de frac y guante blanco

**E**L baile dado por el rico y famoso banquero don Alfonso Durán, que tenía su escritorio en la calle de Vergara, estaba magnífico y brillante.

Trataba aquel de celebrar sus bodas de plata con doña Margarita Ferrer, su esposa, y había abierto sus espléndidos salones a gran número de convidados, entre los que figuraba todo lo que Barcelona cuenta de más notable en las letras, las artes, la banca y el comercio.

La fiesta se celebraba en el primer piso, el cual comunicaba por una escalera interior, con el cuarto bajo donde el señor Durán tenía su escritorio.

A este se entraba por una puerta abierta en la primera meseta de la escalera principal que conducía a todos los pisos de la casa.

Cerca de la escalera interior que comunicaba las oficinas con las habitaciones del señor Durán, veíase un departamento destinado a la caja.

Esta, construida en acero, podía resistir un incendio y era una obra maestra de cerrajería.

Además, el señor Durán, que era un hombre muy precavido, había mandado improvisar una cama en la estancia donde se hallaba la caja, disponiendo que Bautista, criado

de confianza, durmiese allí en compañía de Milord, un magnífico perro de terranova.

Aquella noche la caja del banquero encerraba una suma algo importante.

Uno de los antiguos amigos del señor Durán, llamado Jorge Molina, capitán de un brick de la matrícula de Lloret de Mar, había depositado en ella la cantidad de ciento cincuenta mil pesetas recibidas en la tarde de aquel mismo día, por haber vendido parte de un cargamento de algodón.

En el momento que empieza nuestra historia, el baile dado en los salones del banquero se hallaba en su apogeo.

Mas en las oficinas del señor Durán reinaba el silencio.

Bautista, el viejo criado, se había tendido en un catre situado en un ángulo del departamento donde estaba la caja.

Cerca de él y sobre una alfombrilla veíase a Milord, el terranova.

Dormía con Bautista, quien antes de acostarse había rebajado la luz a un mechero de gas cuyo escaso y vacilante resplandor lo hacía semejar al de una lámpara de noche.

De pronto el terranova, que irguió la cabeza, sacudió sus orejas y lanzó un gruñido.

—¿Qué es eso, Milord? —preguntó Bautista despertando.

El perro dejó la alfombrilla y arrimó su nariz a la puerta gruñendo siempre, hasta que por fin dio un ladrido.

El viejo se incorporó sobre su catre y aguzó el oído.

A no dudarlo, alguien descendía por la escalera que guiaba a las habitaciones del señor Durán.

—¿Quién será? —murmuró Bautista entre dientes—; ¿el señor Andrés?, no, porque estará bailando; ¿don Alfonso?, tampoco. ¿Quién será entonces?

Mientras Bautista se hacía estas preguntas, los pasos que oía se detuvieron frente a una puerta de hierro que daba acceso a la caja.

—¡Alerta, Milord! —gritó el viejo criado.

Y al mismo tiempo dio al mechero de gas toda su luz.

Hubo un momento de silencio; después se oyó el roce de un fósforo o cerilla con la lija de una caja.

El perro se levantó sobre sus patas como si quisiese echarse sobre el que encendía la luz.

Oyose el rumor de una llave en una cerradura y aquella giró sobre sus goznes.

—¿Quiénes? —gritó el criado.

—Yo, mi querido Bautista.

—¡Ah!, el señor don Andrés.

—Soy yo, en efecto —replicó un joven que vestía frac y corbata blanca, y que acababa de dejar el baile.

Andrés Soler era un joven de unos treinta y dos años, robusto, bien formado, de rostro inteligente, encuadrado por una barba negra y cuyos ojos, por un contraste de buen efecto, eran azules y llenos de una dulzura infinita.

Si su ancha y despejada frente, surcada por prematuras arrugas, denunciaba al hombre calculador y de talento; si su barba algo saliente y su nariz aguileña indicaban que estaba dotado de una voluntad de hierro y un valor extraordinario, sus azules ojos templaban lo que su fisonomía tenía de fuerte, de viril y de enérgica y permitían adivinar un alma llena de bondad y de ternura.

Andrés penetró en el departamento y mientras el perro brincaba en torno suyo, el joven se acercó al lecho donde Bautista se había incorporado, y le dijo:

—¿Cómo estás así?, ¿quieres constiparte? Abrígate.

Y echó la manta sobre el viejo, cuyos dientes castañeteaban.

—Gracias, don Andrés —dijo.

—Con tal que no te dé una pulmonía... —replicó el joven—; un constipado a tu edad siempre es peligroso.

—Es que me había usted puesto en cuidado... Yo no sabía quién se acercaba a la caja.

—¿Ha perdido su olfato Milord? ¿No conoce al cajero?

—¡Oh! Lo tiene fino cual siempre.

—No lo pondré más a prueba, toda vez que no volveré aquí hasta mañana —dijo el cajero.

—¡Cómo!, ¿deja usted ya el baile?

—Es necesario. Mi pobre madre está enferma y el sufrimiento no le permite dormir tranquila. No quiero que mi pobre hermana Isabel pase la noche en vela.

—¡Qué hermana tan buena tiene usted, don Andrés!

—Efectivamente, es una joya. ¡Lástima que no pueda verla mi pobre madre, que, como sabes está ciega!

—¡Qué buena es!... Pero ¿por qué bajó usted a las oficinas?

—Para estar tranquilo —replicó el cajero.

—Puede usted estarlo: yo siempre duermo con un ojo cerrado y otro abierto.

—Entonces me retiro. ¿Quieres que mate la luz?

—Gracias: solo he de extender la mano para cerrar la llave del mechero. Si usted quiere le alumbraré.

—No es necesario. Conozco mucho el camino.

Andrés salió de la estancia y Bautista redujo la llama del mechero, con lo cual reinó otra vez la oscuridad o poco menos en el departamento de la caja.

Un momento después no se oía más que la respiración del viejo y de su compañero dominados por el sueño.

Ya dijimos que a las oficinas del señor Durán se entraba por dos puntos: por el portal que daba a la calle y por una escalera que guiaba desde las oficinas al primer piso.

Pero a la mitad de esta escalera había una meseta, de la que arrancaban ocho o diez peldaños, los cuales guiaban a un gabinete donde el señor Durán tenía su despacho.

La puerta de este se hallaba forrada en bayeta, de modo que al abrirse o cerrarse no producía el menor ruido.

No bien Andrés Soler dejó la estancia en que dormía Bautista, cuando la puerta del gabinete del señor Durán se abrió y apareció un hombre alto, bien formado y que vestía como Andrés de frac y corbata blanca.